

Foll.

37

1

09047

MINISTERIO DE JUSTICIA E INSTRUCCIÓN PÚBLICA

CARTAS DE PESTALOZZI

SOBRE LA

PRIMERA EDUCACIÓN

CON UNA INTRODUCCIÓN

POR

AD. FERRIÈRE



BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS DE LA PENITENCIARÍA NACIONAL

1928

MINISTERIO DE JUSTICIA E INSTRUCCIÓN PÚBLICA

INV	009047
SIG	Foll 37
LIB	1

CARTAS DE PESTALOZZI

SOBRE LA

PRIMERA EDUCACIÓN

CON UNA INTRODUCCIÓN

POR

AD. FERRIÈRE



3069

BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS DE LA PENITENCIARÍA NACIONAL

1928

CARTAS DE PESTALOZZI

SOBRE LA PRIMERA EDUCACIÓN

INTRODUCCIÓN

El puro sentimiento de la verdad y de la sabiduría se forma en el círculo estrecho de las relaciones que nos tocan de cerca, de las circunstancias que nos solicitan y de la destreza que necesitamos.

Esas palabras constituyen la cuadragésima máxima de la obra de Pestalozzi que se titula «Velada de un Ermitaño». Si las comparamos con los numerosos pasajes de sus escritos en que dirige un llamado a las madres e insiste sobre la importancia extrema de las primeras impresiones en el niño, no podemos sino pensar que tuvo la intuición muy clara de un hecho descubierto por Sigmundo Freud y puesto en evidencia por Alfredo Adler: las primeras reacciones afectivas sirven de reacciones-tipo en toda la vida del individuo.

Si eso es cierto si es verdad que la madre lo es todo para su hijo; si por razones biológicas y psicológicas, ningún amor puede valer lo que vale el amor de la madre, se ve que el papel de ésta adquiere inesperada amplitud.

La felicidad de los pueblos depende de las madres y el valor, grande o pequeño, de aquéllos, está en relación directa con lo que valen éstas.

Pestalozzi no ha expresado nunca tan claramente estas verdades como en sus «Cartas sobre la primera educación» conjunto de treinta y cuatro misivas dirigidas a J. Pierpon Greaves, entre el 1.º de octubre de 1818 y el 12

de mayo de 1819. Ese libro no es muy conocido y lo ignoran la mayor parte de sus biógrafos.

Rogelio de Guimps, a pesar de estar tan bien informado sobre otros trabajos, no lo menciona siquiera. Tuvo, en verdad, una suerte singular cuya historia merece ser conocida. Greaves era comerciante, pero era también un entusiasta filósofo intuitivo, uno de esos tipos místicos activos como se encuentran muchos en Inglaterra. El bloqueo continental de Napoleón había paralizado sus negocios. Puesto por el irlandés Synges en contacto con la obra de Pestalozzi, se entusiasmó tanto que partió enseguida para Iverdun. Era en 1817. Se quedó allí hasta 1822 como profesor de inglés en Clendy y director de la colonia de alumnos ingleses en Iverdun, pero sobre todo, como ferviente discípulo del maestro.

L. Vulliemin dice de él: «Clendy cayó... pero un hombre se encontraba allí que había presenciado la fugaz empresa. Era un inglés, Greaves, corazón cristiano, espíritu cultivado y perspicaz que llevó a Inglaterra e implantó allí lo que había visto, y con ello nacieron las escuelas infantiles. De Inglaterra volvieron éstas a Suiza, extendiéndose por todas partes después de iniciarse en Ginebra y en Nyon.»

Vulliemin no dice que Greaves había recibido en Iverdun cartas de Pestalozzi de las que éste autorizó la traducción y la publicación en inglés. Así es como aparecieron en 1827, poco después de la muerte del gran pedagogo las «Letters on early education» cuyo éxito fué inmenso. Fueron reeditadas en Boston en 1838, en Londres en 1830 y en 1898 en Syracuse (Nueva York).

¿Por qué se ignoran esas Cartas entre nosotros? Sencillemente porque el manuscrito original se ha perdido. Fué necesario que en 1925, Heidi Sohner y Willi Shohaus retradujesen en alemán para el editor Grethlein, de Zurich.

¿No habrá un editor que las difunda también en francés? Como se verá, vale la pena que se conozcan.

Se notará que esas cartas fueron dirigidas de Iverdun a Iverdun, Greaves no sabía alemán; Pestalozzi ignoraba el inglés; ambos hablaban muy mal el francés. Ch. V. Wurm les servía de intérprete y es él probablemente quien tradujo esas cartas en inglés (1).

Greaves las publicó precedidas de una extensa biografía en la que expresa todo su entusiasmo por el anciano recientemente desaparecido que tan bien había conocido en Iverdun. He aquí el comienzo:

«Si un hombre llegado a la cima de su carrera se niega a disfrutar de su situación y de una honorable independencia para consagrarse a una tarea ante la cual habrían retrocedido seres de energía poco común e inspirados por el más generoso altruismo; si trabaja con el solo fin de aliviar las miserias que lo rodean; si, con celo infatigable se rebaja hasta las tareas más humildes y prosigue su carrera sin otro móvil que el de disipar las dudas teóricas por la evidencia de su práctica, no hace falta más para que inscribamos su nombre en la lista de los que han honrado a la humanidad.

Si ese hombre triunfa; si ofrece resultados y pruebas que atestiguan la verdad intrínseca y la utilidad universal de sus ideas; si alcanza fines ignorados por los filósofos con medios muy sencillos a los cuales en vano han recurrido seres mejor dotados; si con ello conquista hasta la aprobación de los indiferentes, podemos decir que ese hombre merece profunda estima por su mérito y su genio.

«Si, estudiando sus proyectos y las vicisitudes de su existencia, vemos a ese hombre, republicano por nacimiento y principios, acogido cordialmente por casi todos los gobiernos del continente; si vemos sus planes adoptados por los

(1) Guillaume da el dato como cierto. «El traductor era un doctor alemán llamado Worms».

países más importantes, esto es, por los que se han adelantado a los otros en el esfuerzo intelectual; si, apesar de esos honores, lo vemos apartado y rodeado de obstáculos en su propio país donde es fuerza que contemple los esfuerzos de otros coronados por el éxito mientras las decepciones ponen en jaque sus propios méritos y la gloria que le corresponde, sí, después de una carrera de 50 años y una existencia de más de 80, ese hombre muere abandonado de todos sus amigos, pero lleno de fe en que sus obras le sobrevivirán, no podemos sino experimentar un profundo interés por la suerte del hombre que vivió esa vida y realizó tal obra.

«Ese hombre es Pestalozzi».

Esas «Cartas» dirigidas por intermedio de Greaves a las madres inglesas como a las madres de todos los países, pintan al hombre mejor, quizás, que ninguna otra de sus obras.

En esas cartas no razona, conmueve; no predica, implora; no se reviste de pompa, se humilla. No es Pestalozzi el que habla; en él habla Dios.

En un hermoso comentario aparecido en «Il nostro Pestalozzi» de G. Lombardo Radice, que servirá seguramente de prefacio a la traducción italiana de las Cartas a Greaves, la señora Gemma Harasim Lombardo escribe:

«Hasta cuando reprinde y quiere extirpar errores, conmueve en lugar de lamentarse o de irritarse. He ahí, la enorme diferencia que existe entre su manera de «hablar» y tantos otros libros de deberes de la madre, los cuales, si bien contienen sus mismas ideas fundamentales, no revelan la grande alma pura de ese anciano de 73 años, llena de poesía y de fe...

«El motivo dominante que irradia sobre toda su actividad práctica es la importancia de la obra materna en todo el desarrollo moral del niño y, por ende, de toda la humanidad.

Puede parecer extraño el hecho de que cuanto más

se extiende a lo lejos la mirada de Pestalozzi para considerar la humanidad entera, más se reduce para concluir encerrada en el círculo estrecho de la casa, de la familia, de la obra materna.

«Habiendo partido, en su juventud, del pensamiento de mejorar «el pueblo», «todo el pueblo», llega siendo adulto y más que maduro a consagrar todos sus esfuerzos educativos al niño, al escolar; ya anciano, siente y expresa con fe y humildad que toda esa obra no puede dar resultados definitivos sin un primer trabajo modesto, casi ignorado y poco estudiado: la educación de la primera infancia, educación maternal, única capaz de preparar el remedio contra la miseria moral, la crueldad, las pasiones desenfrenadas, las revoluciones que alteran hasta «nuestros valles silenciosos».

«No se edifica comenzando por los pisos superiores; éstos exigen cimientos sólidos y profundos. El fundamento eterno del hombre y de toda la especie humana es *el amor inteligente de las madres, amor reflexivo (denkende Liebe, expresión magnífica, casi intraducible).*

«Es el amor que piensa y piensa en todo, que prevé y es, en una palabra, el amor providencia.

El amor maternal solo no basta. Pestalozzi nos pone inmediatamente en guardia contra la afección o el apego, ese sentimiento instintivo que también poseen los animales. El apego de la madre «ser humano», debe purificarse, elevarse, ser sublime para ser verdadero amor y no constituir un peligro del cual debemos precavernos.

«A tu debilidad, madre, es, a lo que llamas amor, para defenderte. Todo lo que pertenece a la carne únicamente debe ser destruido. Exactamente como entre los animales, verás, oh madre, a tu hijo alejarse de ti, si su espíritu no ha recibido más alimento que el atractivo».

«Ahora bien, ¿es capaz la madre de afrontar la delicada e importantísima tarea de echar los cimientos espirituales de la humanidad?

«He aquí la reconfortante carta de Pestalozzi en la que da una respuesta realmente divina :

«La madre, dice, hasta si es inculta, pobre e indocta, puede *hacerse capaz* de llenar esa misión, simplemente porque la madre es un *ser humano*. Si la madre animal está creada de modo que puede realizar plenamente su tarea. Si toda la naturaleza, desde el pájare en su nido hasta el león en su guarida nos da el espectáculo maravilloso de la maternidad completa, tal como puede serlo en cada especie, ¿podemos acaso admitir que sólo el hombre haya recibido una madre incapaz de ser «la madre del hombre»?

Para ello no hace falta ciencia, sino amor y confianza. Ambas cosas las posee naturalmente toda madre equilibrada y sana, aunque carezca de cultura. Cuanto más simple, cuanto menos complicada aparece, mejor representa la madre ese equilibrio natural. Las clases sociales en que hacen estragos las taras hereditarias, la vida agitada, el surmenage de la disipación o del trabajo excesivo son las menos aptas para realizarlo. Ese amor verdadero y espontáneo proporciona una alegría tal que basta para revelar admirablemente su excelencia.

«Pestalozzi apela a la madre misma, preguntándole si no se encuentra serena y apacible en los momentos en que se abandona a ese amor, a esa bondad inteligente para el bien de su pequeñuelo». (Sra. Harasim-Lombardo).

Se ha dicho, con razón, que todos los padres están muy lejos de nacer educadores; y que es inútil pretender educar a las madres.

Es triste reconocerlo, pero es verdad, que, en ciertos ambientes, la mujer sabe cada vez menos por instinto, lo que favorece la expansión corporal y espiritual de su hijito.

¿Es educable la mujer? La cuestión no es esa y no hay vacilación posible. La mujer debe ser educada para desempeñar su papel de madre.

Freud y Adler nos han hablado de la importancia de

las primeras impresiones en el niño. De hecho, quiéralo o no, la familia constituye el medio en que el niño se desenvuelve y donde se forma toda su vida afectiva.

Preparar las madres es tomar de la mano a la niña, a la adolescente, a la joven y abrirles los ojos y el corazón. La Sra. E. Pieczynska Reichenbach y la Srta. Margarita Evard se han hecho cargo en Suiza de esa tarea, de esa propaganda utilísima entre todas y cuyo alcance es inconmensurable.

Veo con la imaginación al buen Pestalozzi levantarse de su tumba, estrechar la mano a esas nobles mujeres y darles las gracias en nombre de las futuras madres, en nombre de la humanidad, en nombre del porvenir que tanto amó.

AD. FERRIÈRE

LA MÁS HERMOSA TAREA

Madres, os suplico por el amor mismo que tenéis a vuestros hijos, que reflexionéis una vez con calma sobre la índole de vuestros deberes. No quiero arrastraros a una discusión artificial porque vuestro amor materno se perdería en el laberinto de las investigaciones filosóficas. Sólo vuestra intuición debe llevaros a la verdad y es a la verdad a quien invoco. No pienso ocultaros que, si bajo ciertos aspectos vuestros deberes son muy fáciles de llenar, son, en cambio, muy difíciles mirados desde otro punto de vista. Esto no obstante, estoy convencido que ninguna madre dejará de encontrar la más alta recompensa si es capaz de salvar todos los obstáculos en bien de esa causa. La majestad de sus deberes se le aparecerá si medita sobre esta sencilla pero noble y grave idea: Mis hijos han nacido para la eternidad; me fueron especialmente confiados para que los prepare a ser hijos de Dios (1).

(1) La traducción de estos pasajes no sigue literalmente el texto inglés, pero expresa exactamente el sentido del pensamiento del autor. Agreguemos que los títulos de esos fragmentos son obra nuestra y no tienen otro fin que el de orientar al lector.— AD. F.

VALOR Y HUMILDAD

¡Feliz aquel cuya vocación consiste en llevar a otros a la dicha, y a la dicha eterna! ¡Oh, madre bienaventurada! esa vocación es la tuya.

No tiembles ante esa idea, mas trata de hacerte digna de la confianza que ha sido puesta en tí. No hables de las lagunas de tu saber, porque el amor las colmará; no digas que tus medios son limitados porque la Providencia los enriquecerá; no pienses en la debilidad de tus energías porque el poder del Espíritu las fortalecerá! Vuélvete hacia el Espíritu para todo lo que puedas desear en tus aspiraciones y especialmente para obtener dos cualidades esenciales: el valor y la humildad.

NO QUIERO SISTEMAS

No deseo ofrecer a ninguna madre un plan detallado para servirle de guía.

Considero de esencial importancia dejarla libre de trabas en su acción, pues los principios que no emanan de ella misma sólo podrán perjudicarla. Limitarán sus opiniones y su práctica, sin convencerla de la bondad de los medios que han de llevarla al fin propuesto.

ARMAR AL NIÑO PARA LA LUCHA

Cuanto más quieras a tu hijo, madre amante, tanto más tienes la obligación de examinar la vida en la cual será lanzado un día. ¿Está llena de peligros? Cúbrela con un escudo para preservar su inocencia. ¿Es un dédalo de errores? Muéstrale la llave mágica que abre las fuentes de la verdad. ¿Está inanimada y muerta bajo su agitación superficial? Alimenta en él el espíritu de actividad que mantendrá vivas sus fuerzas y lo incitará a perfeccionarse aún cuando hubiese de naufragar cuanto lo rodea en la pereza y en la rutina.

Para eso debes pedir a la experiencia de la vida lo que ella te puede dar. Piensa en los que se han elevado por encima de los mediocres. ¿Estarías satisfecha si tu hijo pasara inadvertido entre la masa humana y sólo se dijese de él que ha vivido y ha muerto sin haberse distinguido por alguna cualidad o algún acto de esos que honran a la humanidad?

EL AUTOR DEJA HABLAR A SU CORAZÓN

Si mi suerte consiste, como humildemente lo espero, en proyectar luz sobre las verdades de las cuales muy poco caso se ha hecho hasta hoy, y sobre principios rara vez adoptados aunque universalmente reconocidos, confieso que no era yo el más autorizado para esa obra por lo mismo que carecían de precisión mis nociones filosóficas. Mi apoyo está en la riqueza de mis experiencias y me guían las intuiciones de mi corazón.

LA ENERGÍA ESPIRITUAL DEL NIÑO

Quisiera ante todo llamar vuestra atención sobre la existencia y las primeras manifestaciones de un principio espiritual que aparece hasta en el pequeñuelo; quisiera proyectar intensa luz sobre el hecho de que hay en él un poder activo de fe y de amor, el cual no está al estado latente como otras facultades. Mientras éstas, ya sean morales o físicas, presentan la imagen de la incapacidad para bastarse, de una debilidad que conduce al sufrimiento y a la decepción desde las primeras tentativas de ejercicio, ese poder de fe y de amor dispone de una energía y una intensidad nunca sobrepujadas, ni siquiera por los esfuerzos coronados de éxitos que se realizan en plena madurez.

El poder sagrado de la simpatía, superior al temor que despiertan el peligro y la muerte es sumamente activo en el niño. Es el precursor de la quietud y ale-

gria producidas por la sumisión de nuestros deseos, de nuestras esperanzas y de nuestros anhelos a los supremos principios del amor y de la fe.

DE LA VIDA ANIMAL A LA VIDA ESPIRITUAL

¿Quién no se da cuenta de la profunda diferencia que existe entre un estado en que la existencia animal es precursora de manifestaciones de la vida espiritual y una existencia moral y responsable, pero en la que los gérmenes espirituales fueron reprimidos o entorpecidos? En el primer caso encontramos el punto de partida de una ascensión progresiva; en el segundo, se trata de una lucha contra la degradación amenazadora.

Antes que la luz de la inteligencia haya hecho su aparición, antes que la voz de la conciencia haya hablado, no hay error ni corrupción. Pero cuando el intelecto se halla oscurecido y la conciencia está debilitada, no podemos menos que lamentar la ceguera y el egoísmo del hombre.

En verdad, en lugar de limitarnos a deplorar en el niño la falta de principios intelectuales y morales, debiéramos espíar su primera aparición; antes que deprimir la obra del Creador, debiéramos reconocer su sabiduría cuando, eligiendo la hora, abre los ojos a sus criaturas y les enseña dos mundos: uno tangible y lleno de milagros, el otro espiritual y lleno de bendiciones.

En lugar de quejarnos por no haber sido creados más perfectos, lo cual sería injusto e insensato, nos conveniría pensar: ¡Qué lejos nos encontramos del estado de perfección que Dios puso a nuestro alcance!

SONRISAS Y LÁGRIMAS

La alegre sonrisa y las lágrimas de simpatía fueron negadas a los animales. Sólo el hombre las posee. Son un lenguaje tácito común a todos y que todos comprenden porque es universalmente sentido. Ambas constituyen las

primeras manifestaciones de un sentimiento propio del hombre.

Son los primeros testimonios visibles de emociones interiores que no pueden engañar. El carácter de esas emociones puede variar; pueden ser momentáneas o permanentes y ser provocadas por una variedad infinita de causas, pero el sello que les imprimió la Naturaleza es el mismo siempre. Así, durante toda la existencia serán la señal infalible del sentimiento, ya se halle empañado por la nube del dolor silencioso o aureolado por la serenidad; ya extremezca las entrañas en la agonía del sufrimiento, ya las haga palpar de felicidad.

LA PRIMERA MIRADA DEL NIÑO

He tratado de demostrar filosóficamente la importancia que reviste para una madre el momento en que, por primera vez, la mirada de su hijo se encuentra con la suya, en que, por primera vez, la expresión visible de su amor materno provoca en la fisonomía de su hijo una expresión reflejo de la suya.

Ese fenómeno infunde en toda madre una alegría que no pueden comprender aquellos que no comparten sus sentimientos y la conduce a un mundo de pensamientos que no lamentará haber examinado seriamente. Debe entonces escudriñar su alma. Yo no podría pretender seguirla hasta allí.

La primera gran verdad que no dejará de llamar su atención es esta: Por la bondad, por la manifestación de su amor maternal ha hecho nacer el primer resplandor visible en los ojos y en el rostro de su hijo. La experiencia le dará plena razón, si ve en ese despertar la primera influencia de su propia personalidad sobre el espíritu y el corazón de su hijo. ¡Que no pierdan nunca eso de vista!

La Providencia, al quererlo así, le ha revelado una verdad esencial en la cual encontrará un principio infalible de educación.

LA BONDAD

Para formar el carácter, lo mismo que para enseñar, la bondad debe ser el principio dominante porque es el móvil más poderoso.

Se puede ciertamente obtener resultados aparentes por el temor o por otros medios, mas para interesar el espíritu y formar el corazón, ninguna influencia es más duradera que la del afecto bondadoso porque representa el camino más fácil para llegar a los más altos fines.

LAS NECESIDADES ESPIRITUALES DEL NIÑO

La Providencia enseñó a la madre a satisfacer las necesidades físicas del niño el cual, a su vez, posee un instinto que facilita la tarea materna. Pero cuando la mirada del niño encuentra la de su madre, no reclama solamente la satisfacción de una necesidad material o el alivio de un malestar momentáneo; reclama algo más. Expresa a su modo su primera aspiración espiritual, reclama simpatía.

El instinto animal no conoce más objeto que sí mismo. Procura ante todo la conservación del individuo, y en su deseo creciente de gozar, el yo permanece el centro de su mecanismo de acción.

No sucede lo mismo con el espíritu y el corazón. La prueba más irrefutable de la naturaleza espiritual del hombre, es el sacrificio de su interés o de su placer en obsequio de la felicidad ajena, lo cual representa la subordinación de un deseo individual a fines más elevados.

Un filósofo moralista dijo, que cuando el pensamiento sondea el porvenir y lo invisible en lugar de detenerse en los hechos presentes y visibles, el espíritu afianza sus derechos.

MEJOR ES EDUCAR QUE INSTRUIR

De todas las tendencias afectivas de nuestra naturaleza, las que merecen mayor estímulo porque se aproxima-

man más al ideal humano, son indiscutiblemente las que no se detienen en objetos perecederos y no actúan tan sólo sobre la imaginación, sino que pueden enriquecer el espíritu e inspirar al corazón un noble fervor por todo lo que es realmente elevado.

Este concepto es de capital importancia en la educación moral: constituye la base verdadera de lo que se puede proponer un plan de educación o de lo que puede abrazar un sistema.

Si es necesario nutrir el espíritu por el saber, si es preciso iluminar la inteligencia, inculcar estrictos principios morales y cultivar el gusto ¿no es acaso más indispensable dirigir, purificar, elevar los sentimientos del corazón?

Por muy pronto que nos inspiremos en ese principio, nunca será anticiparnos demasiado.

HAY QUE ENSANCHAR EL CORAZÓN DEL NIÑO

Si no queremos perder de vista el alto destino del hombre y sus principales deberes, no podemos pensar que fué creado « tan noble por su razón, tan grande por sus facultades » para consagrar toda su existencia al cultivo de una afición por un solo ser, sea cual fuere. Millares de seres de los que no puede desoir la voz le dan la clara visión de sus deberes hacia su Creador y hacia los demás hombres, sus compañeros de ruta.

INCORPORAR LO QUE DEBE SER A LO QUE ES

Una madre consciente, para la cual las emociones de carácter espiritual que la unen a su hijo no tienen valor sino en cuanto lo ayudarán a elevarse hasta los más altos fines que el hombre puede concebir, no hallará dificultad para considerar bajo su verdadero aspecto los gérmenes de cariño que la Providencia ha sembrado en el corazón de su hijito.

Serán para ella tiernos brotes, en los que habrá de injertarse todo sentimiento mejor y más elevado, se considerará a sí misma como el instrumento elegido por la Providencia para purificar esa afección y transferir sus virtualidades más intensas a un objeto de más alto valor que ella misma.

UN DEBER SAGRADO

Todos los deberes tendrán un aspecto nuevo para la madre que haya aprendido a encarar bajo la faz espiritual la afección y la confianza que le demuestra su hijo.

Desde ese momento, no verá en la educación una tarea penosa sino un deber que puede llenar fácilmente y con éxito. No se contentará con pocos esfuerzos y escasas molestias, sino que verá en las fatigas que se impone, una obligación sagrada de inmenso valor para el bien de su hijo.

CONFORMARSE A LAS LEYES DE LA NATURALEZA

La educación no consiste tan sólo en una serie de amonestaciones y correcciones, de recompensas y castigos, de órdenes y prohibiciones distribuidos sin medida ni lógica y sin exigir obediencia. Debe, por el contrario, ser semejante a una cadena continua de medidas cuyo origen está en el conocimiento de las leyes constantes de nuestra naturaleza. Todas esas medidas estarán impregnadas de un espíritu benévolo pero firme y tendrán un fin único: elevar el hombre a su dignidad verdadera de ser espiritual.

RENUNCIACIÓN

De todas las cualidades morales que pueden nacer de una educación sensata, la más difícil de adquirir, pero también la más fecunda en resultados es la renunciación de sí mismo.

PREPARAR AL NIÑO PARA LA VIDA INDEPENDIENTE

Embebámonos en la idea que el fin de la educación no es el perfeccionamiento escolar, sino la adaptación para la vida; no el hábito de una obediencia ciega y de un celo impuesto, sino una preparación para la acción libre.

La educación no tiene como único fin el de decidir lo que se puede hacer con un niño, sino el de examinar cuáles son sus aptitudes, cuál es su destino como ser responsable, cuáles son sus facultades como ser razonable y moral, qué medios lo llevarán al más alto grado de perfección, único objeto de todos sus esfuerzos por ser el fin que le asignó el Todopoderoso.

LIBERTAD

La libertad es una palabra vana para aquél que carece de energía, cuyo espíritu está desprovisto de conocimientos, cuyo juicio no ha sido formado y no tiene conciencia ni de los derechos ni de los deberes de un ser moral.

HAY QUE RENOVAR LA EDUCACIÓN DOMÉSTICA

No es por la difusión de la ciencia que esta generación u otra cualquiera alcanzará la felicidad. Si no conseguimos elevar la educación familiar dándole un nuevo impulso, si no reina una atmósfera de afecto ennoblecido por el sentimiento religioso y moral, si el amor materno no tiene más influencia que cualquier otro agente sobre la primera infancia, si las madres no obedecen a sus deberes antes que al placer y a la despreocupación y no consienten en ser madres obrando como tales, si, en una palabra, la educación entera no se transforma, nuestras esperanzas y nuestros esfuerzos, sean cuales fueren, sólo podrán ser infructuosos.

LA INFLUENCIA DE LA FAMILIA COMPLETA
LA DE LA ESCUELA

Es deber de la madre cuidar de que, en el ambiente familiar, encuentre el niño lo que no puede hallar en la escuela. Debe consagrar a cada individualidad infantil la atención que reclama y que, en clase, no sería compatible con la marcha colectiva. Dejará hablar su corazón en los momentos en que el corazón es el mejor juez y obtendrá por el afecto lo que no podría exigir jamás mediante la autoridad.

LA LIBRE POSESIÓN DE SÍ MISMO

¿Necesito acaso insistir sobre el motivo que me impulsó a tratar extensamente la importancia de la primera educación física e intelectual?

¿Debo recordar que considero los ramos de la enseñanza únicamente como un medio de conducir a un fin superior? La enseñanza debe contribuir a libertar al hombre, asegurando el completo rendimiento de todas sus facultades y orientando a éstas hacia el perfeccionamiento de todo el ser humano. Sólo así podrá el hombre actuar, donde quiera que esté, como un instrumento del Creador, todo sabiduría y todo poder, que lo llamó a la vida.

Esa actitud a que la educación debiera llevar al individuo, le enseñaría ante todo a reconocer humildemente la imperfección de sus esfuerzos y la debilidad de su poder, pero le inspiraría también el valor que comunica una confianza inalterable en la fuente de todo bien y de toda verdad.

Para convertirse en un ser útil a la sociedad, es menester que el hombre sea un ser realmente independiente. Que esa independencia haya nacido de las circunstancias, que la haya adquirido con el empleo honorable de sus talentos, que la deba a sus esfuerzos o bien a sus hábitos de economía, es evidente que la independencia ver-

dadera, mucho más que de los conocimientos, depende de la superioridad intelectual o de infatigables esfuerzos.

Una personalidad cuyas acciones llevan el sello de la independencia de espíritu no puede sino ser un miembro útil y estimado en la sociedad. Ocupa en ella un lugar y desempeña un papel que le pertenece pues lo obtuvo con sus méritos y lo aseguró por su carácter.

LA VERDADERA FELICIDAD

El sentimiento de la felicidad no nace de las circunstancias exteriores; es un estado de espíritu, una conciencia de la armonía tanto del mundo exterior como del mundo interior.

Traza a los deseos un justo límite y propone a las facultades del hombre el fin más elevado.

LA COMPASIÓN HACIA LOS NIÑOS

Cada vez que encontramos un ser humano que sufre y se encuentra cerca del momento trágico en que se acabarán para siempre las penas y las alegrías que encontró en el escenario del mundo, nos sentimos conmovidos por simpatía. Esa simpatía nos recuerda que, sea cual fuere su condición social, ese ser es uno de nosotros, pertenece a nuestra raza, está sujeto a nuestras sensaciones y a las alternativas que experimentamos de alegría y de sufrimiento; ha nacido con las mismas facultades que nosotros; su destino fué nuestro destino y ha tenido nuestra misma esperanza de llegar a la inmortalidad. Nos sentimos felices si podemos aliviar sus sufrimientos y hacer brillar su rayo de luz en la oscuridad de sus últimos momentos. Tal es el sentimiento que, espontáneamente, surgirá en el corazón de cada hombre, ya se trate de un ser generoso o despreocupado, como de quien no está habituado a ver sufrir.

Si es así ¿por qué, me pregunto, consideramos con

tanta y tan culpable indiferencia a los seres que nacen a la vida?

¿Por qué despiertan tan poco interés en nosotros los sentimientos y la condición de esos seres que penetran en este escenario de múltiples aspectos, cuando, si pensáramos un instante, no vacilaríamos en presentar sus alegrías y en disminuir sus sufrimientos, sus penas, sus miserias?

La convicción de todos los hombres que pueden apoyarse en su experiencia es que la educación tiene ese poder, y todos los que se interesan realmente por la dicha de la humanidad están concordes en asegurar que la educación es capaz de asegurar ese fin.

Tal es la razón por la cual sus esfuerzos constantes están dirigidos de tal suerte que un día puedan los hombres alcanzarla.

EL AMOR MATERNO

No me cansaré de pedir a las madres que pongan en juego sus sentimientos maternales iluminados por el pensamiento, si quieren guiar las impresiones nacientes de sus pequeñuelos y desarrollar su tierno corazón.

Descubrirán que el germen encerrado en ese corazón arraiga en la naturaleza animal del niño; que es un sentimiento innato pero de gran poder porque no está todavía bajo el control de la razón y llena por completo el espíritu porque todavía no está en lucha con los impulsos de las pasiones generadoras de conflictos.

Es el Creador, estad seguras, quien ha puesto en ellos ese sentimiento, junto al cual existe en el niño la impulsión instintiva de su naturaleza animal. Esta sirve ante todo para su conservación exigiendo que sean satisfechas las necesidades de su naturaleza física, pero es ávida de esas satisfacciones y si no se la detiene a tiempo no deja de suscitar mil deseos imaginarios y artificiales

y acaba por precipitar de placer en placer para formar el egoísmo perfecto.

El mejor medio, o mejor, el único medio para la madre de dominar y aniquilar esa impulsión egoísta es el de fortificar a diario el impulso bueno que se manifiesta con la primera sonrisa de los labios, con la primera luz de afecto en los ojos del niño.

Aunque el intelecto del hijo sea débil aun, la madre puede hablarle muy pronto un lenguaje inteligible a su corazón, y será capaz, con amor y firmeza, de hacerlo renunciar a esos deseos inmoderados que lo hacen tan poco amable.

¿Qué medios empleará para hacerse comprender?
¿Cómo podrá llenar su misión y encontrar las palabras y los preceptos necesarios?

No me aventuraria a responder por la madre, pero preguntádselo a ella misma y os contestará que, consciente de su amor hacia su hijo, de su amor fortalecido por el sentimiento del deber y guiado por la reflexión, se siente capaz de encontrar el camino del corazón y del afecto de su hijito sin palabras ni preceptos

EL AMOR DIVINO

El amor maternal es el primer agente de la educación, pero, con ser el más puro de todos los sentimientos humanos, no es más que un sentimiento humano.

La salvación no está entre los manos del hombre, sino entre las manos de Dios. Es necesario que la madre no se figure que con su solo poder y con las mejores intenciones del mundo, puede elevar el corazón y el espíritu de su hijo más alto que la esfera terrestre y perecedera. No debe suponer que sus enseñanzas y su ejemplo aprovecharán al niño, a menos que, mediante ellos, haya orientado intencionalmente a su hijo hacia la fe y el amor, de los cuales puede solamente surgir la salvación.

El amor del niño y su confianza en la madre no son sino la base de un sentimiento más puro y más elevado, sentimiento de amor y de fe, no ya limitado al individuo, no ya mezclado a la vil materia, sino dominando a todas las demás emociones y elevando el hombre al cual enseña la humildad...

Ante todo, el niño debe estar preparado para recibir la influencia de lo alto porque ésta únicamente, continuando la obra de la educación, puede hacer surgir en el hombre la imagen de Dios.